

## Ruy: mi maestro

### Ruy: my teacher

Arnoldo Kraus

Ruy no cabía en Ruy. Su ser necesitaba más cuerpos, más rostros, más cabezas. Antes de la época de la clonación, quien tuvo la suerte de conocerlo comprendía esa realidad: Ruy era *Ruys*. Encontrarse con él era una fortuna. Ser su alumno, un regalo de la vida. Dones le sobraban; cimentaba muchos quehaceres, todos preñados de sabiduría, inteligencia y provocación. También era duro, muy duro. Muchos le temían, no pocos se quebraban. No podría ser diferente: había un Ruy, había otro Ruy y, al unísono, muchos *Ruys*: él se comportaba como el doctor Pérez Tamayo pero no era así: disecarlo con *sus* bisturís era menester: ¿Dijo lo que dijo?, ¿cortó lo que cortó?, ¿y por qué sí y por qué no?

No pocos quedaban imantados por sus heterónimos. Sus miradas y decires multiplicaban los deseos de alumnos y amigos. Transitar algunos segmentos de la vida abrazado por las huellas del maestro era un gran estímulo.

Creo que Ruy no lo sabía. Ahora se lo digo: fue tan *peçoiano* como el mismo Fernando Pessoa. Sus palabras e ideas circulaban y circulaban. Ruy poseía el arte de desdoblarse. Gracias a esa capacidad muchos fuimos arropados.

**Recibido:** febrero 2022

**Aceptado:** marzo 2022

#### Correspondencia

Arnoldo Kraus  
samuelweisman@gmail.com

**Este artículo debe citarse como:** Kraus A. Ruy: mi maestro. Patología Rev Latinoam 2022; 60: 1-2.  
<https://doi.org/10.24245/patrl.v60id.7252>

Mi maestro era un seductor nato; quienes atendían a algunas de sus múltiples actividades, hombres y mujeres, pronto lo entendían, Ruy era sui géneris. Y sí lo era. Muchas cosas aprendí de él. Diría que labró algunas de mis inquietudes. Muchos retos nacieron a su lado. Mientras escribo lo recuerdo vivo: orador, amante del tequila, conversador, con frecuencia sonriente, escritor, científico, enamorado de la vida. Pasar una tarde con él en La Providencia acompañado de tequila blanco,

siempre y sólo blanco, significaba tocar y tocarse. La Providencia no sólo era una cantina: era la cantina de Ruy y de algunos de sus compinches, y era, para quienes compartíamos con él la mesa, un tiempo largo, único, hermoso, irreproducible.

Ignoro quién amaba más: si Ruy a la vida o las vidas a Ruy. Escribir epitafios es muy complejo. Es más sencillo escribir con el corazón: gracias, Ruy, muchas gracias, querido maestro.